

## EL VIAJE DEL “CIUDAD DE CÁDIZ”: UNIVERSITARIOS E INTELECTUALES ESPAÑOLES FRENTE AL ESPEJISMO EGIPCIO

José Miguel Serrano Delgado  
Universidad de Sevilla

Corría el año 1933 y en una España dinámica de cambios en la que ya resuenan avisos de tragedia se llevaba a cabo una inusual e interesante experiencia universitaria. Un grupo de profesores y estudiantes de la por entonces Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense se embarcaba en la motonave “Ciudad de Cádiz” para emprender un periplo de mes y medio (del 16 de junio al 31 de julio) que habría de llevarlos a buena parte de los lugares arqueológicos y sitios de interés cultural del Mediterráneo. El viaje incidirá especialmente en el Levante, en ese Oriente en el que los vestigios de las más antiguas civilizaciones se mezclan con los elementos grecorromanos y bizantinos, así como con las raíces de la espiritualidad cristiana.

Abordando primero el norte de África, los viajeros visitarán Túnez (Cartago), Susa y Kairuán, para saltar después a la isla de Malta, escala previa para una estancia, mas larga y densa, y para nosotros obviamente la de más interés, en Egipto, del que no obstante sólo se visita Alejandría, El Cairo y los campos arqueológicos de Guizah y Menfis-Sakkarah. Después recalán en Tierra Santa, en Palestina, pasando por Jerusalén y Belén, entre otros. Rodas, Creta, la costa Jonia (Esmirna) los contemplan pasar camino de Estambul, en la que realizan otra escala llena de contenidos. A partir de ahí el peregrinaje les aleja de lo oriental, visitando Atenas y los mas señalados lugares de Grecia: Delfos, Epidauro, Micenas, Corinto, Olimpia, etc. El regreso tiene lugar por la vertiente norte del Mare Nostrum, con paradas en Sicilia (Siracusa, Palermo) y en Nápoles (incluyendo la obligada visita a Pompeya y Herculano), antes de arribar a España, primero a Mallorca y finalmente Valencia.

El crucero estaba pensado no como turismo y esparcimiento, sino como un auténtico viaje de estudios:

“Se trataba de ofrecer a los estudiantes una lección viva de arte y de historia. Dejando los libros, ponerlos una vez frente a frente con las cosas. Se quería, además, ensanchar su horizonte, librarlos del resto inevitable de provincialismo y convertirlos en auténticos universitarios...El crucero era de estudiantes, no de investigación. Los alumnos llevaban al frente a sus profesores, nada más. El barco no era otra cosa que un aula en marcha. Toda intención distinta estaba lejos de nosotros” (p. 3).

A lo largo de la travesía se llevaron a cabo diversas actividades y proyectos. Entre ellos se organizó un concurso para los viajeros, que consistía en la elaboración de un diario, de los que sería elegido el mejor y que de forma más acertada reflejara las experiencias del viaje. Como premio, se publicaría. Resultó ganador el presentado por el estudiante Carlos Alonso del Real y Ramos, al parecer de forma clara e indiscutible, aunque al final en la publicación definitiva, sin que se especifiquen bien las razones, se incluyeron dos breves síntesis de los trabajos de Julián Marías Aguilera y Manuel Granell Ramos. El conjunto del texto, que salió a la luz con el título de Juventud en el

Mundo Antiguo (Crucero Universitario por el Mediterráneo)<sup>1</sup> constituye un excelente exponente de la imagen y pensamiento que por aquel entonces sustentaban los jóvenes estudiantes de la élite intelectual española con respecto a las civilizaciones antiguas. A nosotros, por supuesto, nos va a interesar particularmente la breve pero intensa estancia que realizarán en el país del Nilo, el impacto que les produce y las reacciones que en los tres jóvenes genera.

El más breve de los textos, que además cierra el libro, es el debido a Manuel Granell<sup>2</sup>, quien destacó posteriormente por sus obras a caballo entre la filosofía y la antropología<sup>3</sup>. Es bien conocida su condición de discípulo de Ortega, al que dedica una obra, Ortega y su filosofía, y a quien cita en su diario en repetidas ocasiones: en la página 262 como autor de Ideas sobre el África Menor (en nota al pie); en la p. 272 atribuyéndole una opinión más bien severa y escéptica sobre la capacidad de filosofar de los romanos<sup>4</sup>; por último lo saca a colación en p. 275 para referirse a Egipto, como veremos más adelante.

El tono general de la aportación de Granell es el de un universitario a nuestro entender serio y con sólidas bases intelectuales. Pone de manifiesto en repetidas ocasiones de su buena preparación en fuentes clásicas, como por ejemplo en la simpática referencia a san Agustín y a su marcha de Cartago a Roma en busca de un alumnado más serio y aplicado (p. 265). Controla además bien a los autores contemporáneos, y no tiene reparos en compartir o rechazar sus teorías; así, en la mención a Sorel y a su percepción del Antiguo y Nuevo Testamento toma en consideración (es el único de los tres que lo hace) la “concepción materialista de la historia” (p. 279).

Por otra parte ostenta una actitud abierta y atenta, adecuada para un viajero o peregrino, reparando en cada paisaje, cada ciudad, cada grupo humano que desfila ante sus ojos, que se convierten en estímulos para reflexionar y replantearse cuestiones. Y, lo que es mejor, lo hace con sencillez y claridad. De ahí que no se detenga en prolijas descripciones y detallados inventarios; su mirada es impresionista, saltando con facilidad a lo esencial y a problemas que se nos antojan de validez universal. Su paso por Palestina le conmueve, y lo transporta a la historia del movimiento sionista, a la creación del Hogar Nacional Judío y al tortuoso proceso de conformación del estado hebreo, en lo que reconoce no pocas cosas dignas de admiración, como sucede en Tel-Aviv (pp. 284-5). En Grecia, la contemplación de la Acrópolis lo arrebató, pero al mismo tiempo es capaz de sopesar y ponderar los prejuicios favorables de que viene imbuido (pp. 294 y ss.). En Delfos, donde religión y reflexión, fe e inteligencia se conjugan, el paisaje le marca con hondura y le inspira.<sup>5</sup> Va buscando conscientemente

<sup>1</sup> Publicado por Talleres Espasa-Calpe, S.A., Madrid, 1934. Se trata de una obra en la actualidad difícil de conseguir, y que sólo puede ser consultada con facilidad en algunas bibliotecas especializadas (como la de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense).

<sup>2</sup> “Fragmento del Diario” (pp. 255-305).

<sup>3</sup> El Humanismo como Responsabilidad, Madrid (Taurus), 1959; La Vecindad Humana: fundamentación de la ethología, Madrid (ed. Revista de Occidente), 1969; El Hombre, un falsificador, Madrid (ed. Revista de Occidente), 1968.

<sup>4</sup> “Los romanos más cultos del primer siglo antes de Cristo se perdían en la balumba de las ideas ajenas. En todo Cicerón – como hizo notar Ortega en sus conferencias de este invierno en la cátedra de Valdecilla – no se encuentra una idea personal y auténtica que fuese básica a su existencia; llega a confesar expresamente: estamos en la desesperación del conocimiento” (esto es algo que sin duda irritaría a mi buen amigo Carlos Levi, director del equipo de investigación sobre Filosofía Romana en l’Ecole Normale de París).

<sup>5</sup> “Toda la naturaleza en torno tiene pálpitos misteriosos y parece que va a surgir súbitamente la voz esotérica del cielo. El paisaje se retuerce en viriles angustias, y las montañas esperan siempre la tormenta.

otros mundos, otras culturas, para aprender de ellos, por lo que apenas puede disimular su disgusto ante el impacto colonizador europeo en muchos lugares de África y Oriente:

“(refiriéndose a Túnez) En sus calles, anchas y rectas, comercios, autos y viandantes se yuxtaponen tan exactamente a nuestros recuerdos ciudadanos, que apenas notamos el choque íntimo que un ambiente ajeno debe producirnos. Así, la carga emotiva espontáneamente preparada nos causa, al no hallar el objeto esperado, una recoleta irritación” (p. 257).

La intromisión de los europeos se le representa a veces como un fenómeno que inhibe y destruye la riqueza de las tradiciones locales, como por ejemplo en Alejandría, donde:

“hoy florece en todo su cuerpo el pringue milenario del felah, bajo el ceño pétreo del occidental, que siempre tiene prisa por terminar no se sabe qué misteriosas actividades” (p. 273).

Y en Rodas, ante la realidad contemporánea, europeizada y encima presidida por los símbolos del fascismo italiano, prefiere resguardarse en lo turco y lo sefardita, en los restos de la ciudad caballeresca y medieval, tal vez ajenas e inevitablemente idas, pero sin duda más bellas y en definitiva humanas... (p. 289). Su voluntad, en fin, es la de respetar y reconocer la dignidad y la personalidad del “otro”, con una actitud no solo apropiada para un sociólogo o antropólogo, sino igualmente para un historiador o sencillamente para un intelectual con altura de miras. Así lo islámico, lo oriental en general, le deja una profunda huella, que sabe expresar con calidad literaria, por ejemplo en las pinceladas coloristas con las que describe los zocos y el urbanismo de Túnez y Susa (la antigua Hadrumetum), o en la anécdota de la novia, sucedida en esta última ciudad<sup>6</sup>. También ahí este joven universitario español se topa con una madrasa, o escuela coránica, y lo que en ella encuentra le mueve a una cierta admiración y en cualquier caso a respeto:

“Hoy el Ribat de Susa se ha convertido en una ‘madraza’ o universidad musulmana; en ella, y ocupando las celdas de los antiguos defensores del poblado, están los estudiantes que vienen a hacer sus estudios de Alkorán. O digamos mejor sus estudios, pues ya no se limitan al concienzudo estudio de su libro santo. Hemos penetrado en algunas de estas celdas, y rebuscando en las bibliotecas escolares hallamos obras científicas de diversas disciplinas. Y si bien decoraban las paredes proverbios árabes de carácter

---

Sobre una de ellas, un camino en zigzag recuerda el rayo de Júpiter. Ni aún en la calma de la siesta, cuando duerme el dios Pan y las cigarras nos arrullan pulsando su flauta somnolienta, puede pensarse con eufórica sonrisa en Castalia, fuente de inspiración y juventud” (p. 292).

<sup>6</sup> “Seguimos adentrándonos por este dédalo, en el cual el cielo alto e inmóvil vierte indiferentemente su azul. De pronto un grito agudo, un grito impersonal que parece penetrar en nuestras carnes con la frialdad de una espada. Aumenta su misterio al no poder precisar de donde ha salido. Afortunadamente el coro de lamentaciones nos ayuda a localizar su procedencia. Cerca, unos moros conversan con toda tranquilidad; a nuestras preguntas se sonríen; no son lamentos, sino gritos de alegría. Se trata sencillamente de una boda. Estamos ante la casa de la novia, en cuyo patio se celebra su despedida de soltera. Como un favor permiten entrar a las muchachas de nuestro grupo; los que quedamos fuera obtenemos de ellas pocas referencias. – Nada – nos dicen –; no hemos logrado entendernos. Nos rodearon curiosamente; se reían al no comprender y nos ofrecieron bebida en señal de hospitalidad –. Un detalle: la novia se tocaba con un amplísimo velo y vestía un jersey con cierre de cremallera” (p. 267).

religioso, en la biblioteca se encontraban ediciones francesas de Racine y Molière” (p. 268).

Pero centrémonos en fin en las impresiones que este estudiante viajero recibe en Egipto, recogidas fundamentalmente en las páginas que dedica a la visita a Gizah (274-278). Se adivina que su formación egiptológica es escasa, y aunque apunta algún que otro dato de interés (como la referencia al khol y a la alta incidencia de oftalmías en p. 273), nos choca cuando pretende concretar algo relativo a la historia y cultura egipcias (por ejemplo, la mención en Menfis de “los colosos de Ramsés II, su hija Sesostri y el dios Pta” – sic – en p. 274). Con respecto a las pirámides, ha leído a Piazzzi Smith y conoce las noticias de la expedición napoleónica, pero ante tan gigantescos monumentos, lo que no deja de percibir es una profunda y fuerte impresión, de la que resulta una valoración positiva sin ambages de la creación cultural egipcia, particularmente de su adaptación a un medio físico que resulta ad hoc:

“Contemplando estos monumentos sobre la línea horizontal del desierto, ¿no se comprende perfectamente su existencia?. Jamás hubiera pensado en esta forma geométrica, como estructura monumental, un habitante de montañas; una pirámide entre montañas perdería toda su grandeza. Por el contrario, en la llanura del Nilo es la única forma ideal” (p. 274).

“...el padre Nilo, ese río casi divino a fuerza de sufrir avatares de extensión y color: blanco, verde, azul, rojizo, amarillento... Cerca, la ligereza graciosa de dos palmeras nos hace iniciar una sonrisa de consuelo. Y parapetados tras la gracia, volvemos la vista hacia atrás. Allá, al fondo, bañadas en la caricia tibia del cielo, las pirámides pierden su hosca inmovilidad y parece circular por sus cuerpos el aliento rosado de la vida” (p. 278).

Pero no olvidemos que Granell es un intelectual, un aspirante a filósofo, que quiere aprender de su periplo. Así se enfrenta a una reflexión, general pero no por ello menos sensata a la vez que erudita, sobre la naturaleza última y la aportación de “lo egipcio”. Y para ello parte de nuevo de las palabras de su maestro, Ortega, para quién la egipcia es “una civilización política y moral que llega en un prestissimo fantástico a plena maduración, para anquilosarse enseguida y perdurar miles de siglos invariable en todo lo esencial” (p. 275). Para algunos se trata de una larga historia cultural rebosante de energía; para otros, detractores, la “carencia anímica”, la artificiosidad, constituyen su rasgo esencial. Ante tan contradictorias opiniones, Granell se pregunta dónde está la verdad: la complejidad y riqueza de Egipto radica sin duda en su carácter indiscutible de civilización superior (“pueblo supercivilizado”, expresión que toma de Worringer), al mismo tiempo que en el carácter primitivo de la mayoría de sus creaciones culturales, empezando por la religión (cita por supuesto el culto a los animales) y terminando por la organización política. En esta dualidad – concepto egipcio donde los haya –, en su esplendor, lleno de elementos admirables, y en sus limitaciones (se trata de un pueblo que hunde sus raíces en la más oscura prehistoria) se encuentra la adecuada comprensión de lo egipcio, de la que pretendemos participar, que muchas veces no se halla o es tergiversada y sofocada en fin por fantasmas que lo único que hacen es faltarle al respeto a aquellos hombres y a sus huellas:

“porque el escorzo egipcio está cubierto de interpretaciones en función de sentimientos ajenos a su esencia. Ya los griegos empezaron por aplicar al rostro de la Esfinge un secreto que jamás había tenido” (p. 276).

Abierto a lo que Egipto (y el Levante mediterráneo) le puede enseñar, Granell dirá finalmente que “trae del Próximo Oriente un rico bagaje espiritual” (p. 302). No es poco.

Pasemos ahora al texto de Julián Marías, personaje sobradamente conocido en la actualidad, no sólo en los ámbitos académicos, sino también entre el gran público, a través de sus intervenciones en los mas variados actos y en medios de comunicación diversos. Nacido en 1914, Marías accede a la Complutense en 1931, siendo por lo tanto un novel estudiante en la época en que el Ciudad de Cádiz emprende su aventura. A diferencia de Granell y de Alonso del Real, como veremos mas adelante, introduce ya en el título de su aportación la referencia oriental (“Notas de un Viaje a Oriente”). Podría entenderse que con ello se apunta una valoración específica y una atención particular a ese otro mundo, esas otras culturas con las que el viaje va a enfrentar al grupo de estudiantes españoles, pero basta con empezar a leer para que esta impresión (o ilusión, según se mire) se desvanezca: para Marías el interés ha de centrarse predominantemente en lo heleno y en lo hebreo, que considera las auténticas fuentes y raíces de la civilización occidental. Se trata de un planteamiento que sobresale por su obviedad, y con el que no se puede estar en desacuerdo; lo que no nos parece tan bien es que se desgaje a estas culturas de su contexto geográfico, histórico y cultural que es (para Grecia también, no lo olvidemos: cuando Alejandro decide conquistar el mundo se va hacia el este) eminentemente oriental:

“El Oriente mediterráneo nos parece que forma parte de nuestro mundo occidental siempre que volvemos los ojos a la herencia griega o hebrea...Cuesta trabajo considerar como algo apartado y exótico (sic) lo que hemos hecho más o menos nuestro durante siglos y que hemos convertido en una de las raíces más profundas de nuestro ser” (p. 194).

“Este viaje es, para mí, un intento de aproximación a Grecia y Judea; de lo egipcio, y lo árabe – algo ya completamente distinto – habría mucho que decir; pero es mejor, como motivo no central, dejarlo para más adelante...” (p. 195).

De esta forma presenta lo propiamente oriental (según él) como algo ajeno, que parece que no nos toca, o incluso, y ésto es más grave, cuyas aportaciones no merecen una atención prioritaria (al menos no en comparación con Grecia o Judea). Y además continuamente insiste en la dificultad de comprenderlo, de aprehenderlo, con una actitud que contribuye en definitiva a marginar a ese mundo, con expresiones tan poco afortunadas como: “Un auténtico y apartado Oriente, perdido entre la dificultad... algo cerrado para nosotros y cuyo sentido fundamental se nos escapa siempre” (p. 194). A veces da la impresión de que está levantando una barrera de forma consciente y voluntaria, contribuyendo a alejar ese Oriente en vez de tratar de entrar en él, con la capacidad (y la humildad) con la que el intelectual debe conducirse. La postura de Marías, en cualquier caso, queda lejos de lo que ha de ser el modo de posicionarse del historiador, del antropólogo, del sociólogo (o del pensador en general que aborda otra cultura y otras gentes), y que tan bien enunció H. Bengtson, refiriéndose al historiador de la Antigüedad en general:

“...the feelings, thoughts, and aspirations of ancient as opposed to modern men frequently were based on other assumptions. Ancient man grew up in an intellectual environment different from ours, an environment accessible only to one who can visualize that long-lost world in its intellectual, economic, and political aspects. The “visualisation”, the immersion of one's self in another time so that it awakens to life, remains the essential task of historical research, which is itself a perpetual struggle to formulate the truest picture possible of the past”<sup>7</sup>.

No van a ser sólo los “extraños” pueblos y gentes de oriente los objetos de escaso interés y de un tratamiento ligero por parte de J. Marías. En Kairuán se encuentra por ejemplo, ante un paisaje que considera paradigma de “lo africano” y que se nos antoja un poco cargado de tópicos:

“Al cabo de un rato, en un ambiente denso de calor, entramos en Kairuán, hundiéndonos en sus blancas calles ardorosas. Hay polvo y sequedad. Se ha perdido toda la fresca y tibia suavidad mediterránea, y las cosas tienen una hosquedad cerrada de África, tierra adentro. Alrededor de la ciudad, grave y muda, se siente, aún sin verlo, un campo sediento, de extensión vaga y desesperante. El contorno adusto pide una caravana, fatigada y dura, de áspera religión islámica, venida desde lejos a Kairuán. Antes, en años pasados, venían así. Serían hombres de fe pasiva, de arriba a abajo, casi cósmica, sin jugo afectivo, con ojeras de cansancio, sucias de polvo marroquí o argelino, y vestidos rotos. Y vendrían en camellos agotados, tristes, con las patas temblonas y los dientes amarillos al aire, entre los labios abiertos” (p. 197).

Y ante el arte normando de Sicilia, que se nos antoja tan familiar para un europeo, para un español y en general para cualquiera cuyas raíces culturales se asomen a las orillas del Mediterráneo, hace un auténtico ejercicio (o confesión) de incompreensión o desinterés:

“...todo esto es sólo arte, y un arte excesivamente apartado de mí, sobrado lejano para que me sea posible adivinar sus fundamentos y articularlo en un completo modo de ser histórico. Por eso pierde para mí gran parte de su interés y me queda solo lo meramente estético. En definitiva, el arte normando de Palermo es algo que veo y hasta admiro, pero no entiendo. Llego hasta las formas y me gozo en su belleza; pero me escapa del todo su sentido y no encuentro en mí nada que responda al choque externo de su contemplación. Por eso me parecen unas iglesias mudas y cerradas, que se callan la explicación de su significado y ocultan celosamente la intención de quienes las han hecho levantarse en Palermo” (p. 243).

Por el contrario, el texto de Marías destila atención, inquietud y hasta pasión por lo que significa Grecia y la cultura griega. La estancia en Atenas se convierte así en el centro espiritual de su viaje, y le sirve de revulsivo para reflexiones y comentarios en donde a nuestro modo de ver alcanza el mejor nivel de su contribución<sup>8</sup>. Por ello no ha

---

<sup>7</sup> H. Bengtson, *Introduction to Ancient History*, Univ. of California Press, 1970, p.1-2.

<sup>8</sup> “Habría que hacer una revisión profunda de todo nuestro trato con el helenismo y hacerse cuestión viva de su esencia y verdad. No tiene sentido seguir mirando a Grecia encuadrada en el marco de la Ilustración del siglo XVIII o a través de la filología del siglo siguiente, que son quizás lo más apartado de Grecia que se ha dado en la historia, sobre todo el neoclasicismo. Hay que mirar lo griego de lejos, como cosa distinta de nosotros y difícil, en lugar de intentar repetir una ficticia y anacrónica vida griega,

de extrañar que en su primer contacto con Egipto, el desembarco en Alejandría, la visita a esta ciudad de tremendas resonancias helénicas le resulte un estímulo adicional para seguir insistiendo en lo clásico, más que para empezar a acceder a lo faraónico:

“Nos acercamos, todavía pensando más en la Grecia neoplática que en Egipto. Alejandría, sólo con su nombre, nos trae un fecundo recuerdo helenístico. Se inclina hacia el mar; mira siempre hacia la costa griega o al Asia egea; está vuelta de espaldas al desierto y al Nilo, recio y fértil, que lucha con él... Alejandría es nueva; nueva en sus casas y en su gesto más externo y a flor de piel, que se apresura levemente al paso. Tiene un aire gozoso y lleno de gracia, lejos de toda fiesta. Pero no hay nada egipcio. Sólo se advierte un islamismo externo de turbantes blancos y feces rojas. Rótulos en griego nos hacen señas desde las fachadas de algunas casas; alegre profecía helénica que nos impide más la entrada en Egipto” (p. 204).

De todas formas, ya antes de arribar al puerto alejandrino, en la espera a través del mar, Marías ha querido dejar claro consigo mismo lo que espera y lo que le separa del país africano:

“Egipto tarda, como si se hiciera esperar para hacer más grande nuestra codicia de su llanura y de su río. Parece que quiere así darnos a entender su lejanía, su otra invencible lejanía, que no se recorre, de nuestro tiempo nuevo a la hondura del suyo. Toda la distancia que hay entre nuestra carne viva y caliente y el polvo reseco de sus momias... La tierra egipcia ha venido a nosotros, hecha preocupación. Se siente cerca algo apartado y distinto, y hay un esfuerzo tenso por apresarlo en conceptos, antes que llegue y nos hiera con su extrañeza” (p. 203).

Esa sensación de distancia o de “extrañeza” es la que en general llena las relaciones y referencias a las visitas a los lugares y monumentos egipcios, por ejemplo ante el sepulcro de los Apis, el Serapeum, en Sakkarah:

“En las oscuras galerías, que se llenan de luz aguda y azulada de finos hilos de magnesio quemado, los anchos sepulcros de piedra, con una idea religiosa que se siente perdida en absoluto. Hace extraño una cosa tan pretérita, tan completamente pasada. Le falta del todo el sentido, y se ve hasta qué punto hace falta a las cosas un apoyo vital del interés o la atención” (p. 207).

Ante las pirámides y el conjunto de Gizah no puede por menos que impresionarse, pero reaccionando frente a la desmesura y enormidad de lo que ve, desprovisto (para él) de gracia y belleza, seco y adusto como el desierto que lo envuelve. Sin sentido, en definitiva:

“...las pirámides. Una augusta geometría de piedra. Grandes y fuertes, esas montañas regulares y agudas. Sencillas como el mismo desierto, con el barroquismo sobrio de lo enorme. Hay dos modos de salirse de lo clásico, que son dos roturas: uno romper la

---

reducida a un gesto insincero. Y tampoco se puede disolver la realidad de una época, de un modo peculiar de ser, en una mole de hecho y datos, como ha hecho el espíritu positivista. Y sobre todo no se puede considerar lo griego como un paso dado en la historia con los ojos puestos en nosotros o en los que nos sucedan. Con eso se destruye absurdamente la propia sustantividad de los helénicos y se incapacita uno del todo para poder entenderlo nunca” (p. 235).

forma; otro romper la norma extensa. Lo informe – o lo deforme – y lo enorme. En las líneas duras y severas las pirámides hacen un exclusivo barroquismo de materia potente. Y se hincan en el ánimo como una poderosa afirmación de supervivencia. El afán de perduración, en lugar de remontarse y trepar a lo esencial, opone hoscamente al tiempo esa masa grave, que lucha con él, ya que no sea capaz de vencerlo, saliéndose hacia lo alto y superior...Y un poco más lejos el faraón Kefrén saca su cabeza rota sobre la triste desolación del desierto. Y el rostro de la Esfinge, carcomido de soles, tiene un gesto tremenso, duro, hosco, vuelto hacia adentro, a pesar de los ojos abiertos sobre el ancho horizonte abrasado. No está tranquila la Esfinge, ni indiferente, como se ha dicho. Si no se cuida de lo externo es porque está fija en sí misma, tan llena de atención por su ser que no la distraen ni los soplos secos y fuertes del aire ni la arena quemada que le azota las mejillas pardas y hundidas de tristeza dura...” (pp. 208-9).

Sólo en el Museo Egipcio, ante lo mejor de la creación artística egipcia, su tono se dulcifica, se rinde a la sorpresa, es capaz de reconocer la carga de ideas preconcebidas y de prejuicios que ahora generan una contradicción, y se asoma a un Egipto más digno de su interés<sup>9</sup>. Marías reconoce la vitalidad y el placer por el mundo y la naturaleza circundante que preside el arte faraónico, critica vivamente la tradición de hieratismo que se le ha achacado, y valora al egipcio, finalmente, como un pueblo sencillo, que acepta con gratitud la existencia. Quizás el problema es que se queda ahí, y parece privar de profundidad y de tensión (creadora) el arte que desfila ante sus ojos:

“Egipto estaba vivo, y por eso, para seguir estándolo, guardaba sus momias, pardas y secas, serias y mudas, pero que escondían en su quietud una esperanza de vitalidad. Pero Egipto, eso sí, fue quieto y manso como su tierra llana. Y midió la vida por años y no por obras. No vio la eternidad, no comprendió el llegar a salirse del tiempo en una pura actividad exaltada, y quedó apegado a sus tardas medidas solares, anclado en la mera duración, contando la vida por los pasos cósmicos de su dios incendiado...En lo egipcio...sí hay real tranquilidad de vida quieta y pensada sin prisa” (pp. 210-211).

No piensa Julián Marías que la quietud egipcia, la fijación y transmisión de su formas y cánones ocultan muchas veces una real agitación, una tensión, una energía, como sucede a finales del Reino Antiguo o el la época Amárnica, que se solucionan a veces con una extraordinaria vitalidad creadora...

Abandonamos el texto de Marías con una cierta decepción. Es cierto que, como él mismo dice, un diario de viajes ha de ser algo más que una mera “descripción de cosas externas”, una “narración de lo que pasa cada día, de lo que le pasa a uno”<sup>10</sup>. Pero da la impresión de que, tan centrado en su propio discurso filosófico y en la búsqueda incansable de ejercitarse en la reflexión<sup>11</sup>, pierde la oportunidad de peregrinar “desnudo de equipaje” (como diría el poeta), abierto a lo extraordinario, lo diferente, lo nuevo que transcurre ante él, y con la actitud amplia y humilde que, repetimos una vez más, el historiador o el antropólogo no debe abandonar nunca...

<sup>9</sup> “Al entrar, apenas se tiende en derredor esa mirada indecisa del que busca orientarse, se escuchan en lo hondo unos fuertes chasquidos internos, que anuncian fractura. Ideas ya viejas, viejas de siempre, amasadas aquí y allá, en libros y láminas, se rompen al contacto brusco del arte egipcio, y quedan abajo, hechas un vencido montón de polvo, a los pies de la primera estatua o del primer relieve” (p. 210).

<sup>10</sup> P. 193.

<sup>11</sup> Véase por ejemplo el a todas luces excesivo excursus final que pretende justificar (una vez más) lo que intelectualmente ha significado el periplo para él (pp. 251-253).



Pasemos finalmente a analizar el texto de Alonso del Real, que a priori debe ser el que suscite mayor expectación e interés, no sólo porque resultó ser el premiado, y con ello se benefició de su publicación íntegra, sino sobre todo por tratarse de un intelectual y universitario eminentemente vinculado con los estudios de la Antigüedad a lo largo de buena parte de su carrera. Carlos Alonso del Real y Ramos nació en Madrid en 1914; se licenció y doctoró en Filología Clásica, respectivamente en los años 1936 y 1940. Ocupó varios puestos docentes hasta acceder a la cátedra de Prehistoria de Santiago de Compostela, donde echó raíces, y continuó hasta su jubilación, dejando en esa universidad una honda huella y buenos discípulos<sup>12</sup>. De su labor merece la pena destacar la intensa y apasionada actividad de difusión y aplicación de planteamientos de tipo sociológico y antropológico (algo que nos parece tan moderno ahora) al hombre y a las culturas del pasado, especialmente la prehistoria, su ámbito favorito.

A tenor de lo dicho, es lógico esperar que las páginas de Alonso del Real hayan de contener una imagen y unas perspectivas más gratas y adecuadas para alguien formado dentro de la historia, que la entienda profesionalmente, y que reconozca su dignidad como disciplina científica con personalidad propia. De hecho, su formación en este sentido es sobresaliente y destaca con mucho frente a los textos de Manuel Granell y Julián Marías. Bastaría con mencionar las numerosas alusiones o citas en las que se trasluce lo que acabamos de decir, como por ejemplo, el recurso frecuente a las expresiones “El Muy Verde”, para el mar, o “La Tierra Negra”, para el país del Nilo, de inequívocas resonancias egipcias. Vale la pena destacar la rica descripción que hace de Cartago (pp. 17 y ss.), la erudita mención a San Jerónimo y su obra que le sugiere la visita a Belén<sup>13</sup>, o sencillamente la continua referencia a las fuentes clásicas, a autores griegos y latinos que jalonan su narración. No le son ajenas cuestiones problemáticas de tipo historiográfico, como las relaciones entre los egipcios y los pueblos prehelénos del Egeo (p. 75), o la similitud formal de las pirámides escalonadas egipcias (la de Djoser en Sakkarah es el modelo) y las torres-templo de la Baja Mesopotamia sumeria y babilónica, los ziggurat, con lo que ello puede suponer de relación (y de prelación histórica) entre ambas zonas del antiguo Oriente Próximo:

“La pirámide escalonada es la primera forma de pirámides – recuerda lejanamente las Zigurat mesopotámicas – (Dios me libre de injerirme en la cuestión de qué cultura es anterior, si la de Mesopotamia o la de Egipto; doctores tiene la santa madre Arqueología que nos lo sabrán explicar.)” (pp. 33-4).

Pero vayamos por partes. Como le sucede a Julián Marías, también Alonso del Real parece entender en principio que el viaje a Oriente ha de ser una aproximación (casi iniciática) a las raíces de la propia civilización, a las “tierras sagradas de Palestina y Grecia” (p. 13). Pero su punto de vista y su predisposición es sin duda mucho más abierta y amplia. Haciendo gala ya de esas inquietudes e inclinaciones hacia los enfoques antropológicos, se asoma con interés y sincero respeto hacia los pueblos y las

<sup>12</sup> Cf. *Humanitas: estudios en homenaje al Prof. Dr. Carlos Alonso del Real*, Univ. de Santiago de Compostela 1996, vol. I, pp. 15-16 (“Autobiografía”), 17-29 (“Bibliografía Básica”, lista encabezada precisamente por el libro al que dedicamos este estudio), y 21-29 (“Recordando a un maestro”, discurso-semblanza pronunciado por A.Eiras Roel en el Paraninfo de la Univ. de Santiago el 12-2-1993).

<sup>13</sup> “Otras capillas subterráneas se hallan próximas. Llama entre todas nuestra atención la de San Jerónimo. El gran polígrafo dalmata puso aquí en latín los santos textos. La memoria del lector y escritor infatigable, del orador elegante y vigoroso, del genial epistológrafo nos fué siempre admirada y simpática. Saludemos su recuerdo” (p. 63).

culturas, antiguas y modernas, con los que el viaje les pone en contacto. Su aceptación de la calidad y la dignidad del “otro” sobresale continuamente en el texto. Así, aunque su primera impresión de África – Túnez – no parece distar mucho del tópico<sup>14</sup>, en seguida se sumerge en lo autóctono, deteniéndose con agrado en los vínculos y las similitudes con lo propio, con lo hispánico:

“Y luego surge otra cosa, algo inesperado: un afecto por España que no nos habíamos figurado nunca. Una mezquita se abre para nosotros solos. Voces secretas nos dicen que se espera a España como un viejo amigo desaparecido. Españoles residentes aquí nos hablan de mejores relaciones con los moros que con otros extranjeros... En la ciudad, populosa y turbulenta, que acabamos de dejar, una mezquita, cerrada a los infieles, se abrió para nosotros cuando dijimos que éramos españoles” (p. 17).

“...el pueblecito de Sidi bou Said. Calles donde el blanco del encalado llama a voces al azul del cielo. Silencio sobre la tumba del fundador, siempre cercada de orantes. Algo de lo que fue nuestra Andalucía un tiempo... Y después la vista sobre el mar – muy hermosa, es cierto – podría ser igual Provenza o Cataluña, Italia o Valencia” (p. 20).

Lo que en todo caso nos resulta particularmente destacable y digno de elogio es la claridad con la que contrasta las ideas previas y las imágenes preconcebidas que inevitablemente lleva con las realidades que va encontrando, lo que, a nuestro modo de ver constituye uno de los objetivos fundamentales de cualquier viaje cultural o de estudios. En una actitud científica de gran altura intelectual, Alonso del Real es consciente de la carga que lleva a cuestas y los prejuicios derivados de su formación, y sabe ponerlos a prueba ante lo que va viendo, llegando en no pocas ocasiones, como veremos, a modificarlos, a rehacerlos. A veces a favor, como le pasa con Egipto, y a veces en contra, como le sucede en Estambul, cuya imagen de exótica metrópolis oriental contrasta con la vulgaridad y suciedad de sus calles (pp. 92-3), pero incluso en alguno de estos casos se muestra dispuesto a cambiar, como le sucede ante las piezas chinas del Museo Benaki de Atenas:

“De arte chino hay muchos ejemplares. Son, sobre todo, porcelanas y marfiles. Encuentro en este arte sobra de técnica, indudablemente perfecta, y falta de espíritu. No quiere esto decir que si algún día me pongo con él en un contacto más directo no me ocurra lo que me ocurrió con el arte egipcio en el Museo de El Cairo. Pero por ahora no” (p. 129).

Es justo sin embargo señalar que el texto de Alonso del Real contiene luces y sombras, que contrastan en algunos casos con lo que acabamos de exponer. Sorprende su incompreensión frente al arte etrusco<sup>15</sup>, o los juicios que emite en Himera contra los

---

<sup>14</sup> “África ha de ser calor y sed. Camellos bajo un cielo encendido, sobre la tierra cansada y seca. Alcazabas y morabos. Viento cálido del desierto. Dolor de razas vencidas y orgullo de oficiales de ejércitos dominadores. La tricolor de la República imperial de Francia y las banderas, hoy vencidas, del profeta...”(p. 16). Parece tener ante sí una novela de P. Ch. Wren...

<sup>15</sup> “Junto a lo griego, lo etrusco. La tosquedad campesina, apenas limada por el contacto de lo helenístico. La risa inexpresiva y estúpida de los muertos que no supieron en vida más que beber y holgar o, a lo sumo, trabajar la tierra sin espíritu. Nada más dicen estas estatuas sobre los sarcófagos etruscos. Dejemos el pueblo burdo y tosco que, afortunadamente, murió hace muchos siglos” (p. 155).

cartagineses<sup>16</sup>. De forma generalizada utiliza el epíteto de “bárbaro” con un matiz peyorativo e incluso despreciativo claro, lo que choca no sólo con la amplitud intelectual de que por otra parte hace gala, como dijimos, sino con las propias ideas y conceptos frente a “lo bárbaro” que él mismo plasmará en un delicioso libro publicado casi cuarenta años después<sup>17</sup>. Está claro que el perfil intelectual del jovencísimo estudiante viajero que es Alonso del Real en 1933 aun está en construcción... De ahí, por ejemplo, que su admiración declarada y lógica por Grecia y lo clásico, le haga criticar en repetidas ocasiones a Turquía y a la cultura turca, aplicándole una y otra vez el citado epíteto<sup>18</sup>. No obstante, como era de esperar, empieza a introducir matices en esta contemplación de lo (para él, y en ese momento) “bárbaro”, como le sucede en el Museo Hitita de Estambul:

“El Museo Hitita es mucho más interesante, sobre todo por presentarme una cultura que apenas conocía. Del pueblo heteo y del pueblo asirio son estas obras. Del heteo la mayoría. Y si queremos expresar lo que este arte es, nos basta una palabra: bárbaro... La tosquedad y la rudeza de este arte no carecen de grandiosidad... Los relieves asiriocaldeos de la Puerta de Ishtar tienen grandiosidad y belleza... Los asirios – buena raza imperial, cazadora de leones – supieron unir grandiosidad y magnitud en sus creaciones poderosas, lo mismo en arte que en política. Este arte nos place no sólo como documento histórico, sino como creación de belleza” (p. 103).

Veamos, en fin, cual es la reacción que Egipto suscita en Alonso del Real. En principio confiesa, como hace en otros lugares, que llega con una idea hecha, con una imagen impresa, fruto de lecturas, de estudios, y de una tradición occidental concreta. Busca confirmarla con la piedra de toque de la realidad que se va a ofrecer ante sus ojos. Sin embargo la primera impresión en Alejandría es de desconcierto; nada allí coincide con lo previsto y lo que él llama “el Egipto deseado” sólo empezará a aparecer cuando cruce el Delta en dirección a El Cairo:

“Heme ya en la Tierra Negra. Esta mañana fue el puerto helenístico de Alejandría. Amplitud y animación. Nadie allí nos traía la imagen del viejo Egipto. El policía nubio o su oficial, francés o inglés; el genízaro del consulado, con su tipo de mameluco de la época de Bonaparte; el italiano o el griego, el abisinio o el turco; el alemán o el sefardí. Ninguno dice nada del Egipto que buscamos. Pero cuando, después de una hora en Alejandría, sin tiempo para ver nada, tomamos el tren para El Cairo, empezamos a ver el Egipto deseado. La Tierra Negra, sin un palmo ausente de cultivo o de habitación humana, surcado de canales, cruzada por hombres o por animales domésticos. Cigöñales para elevar el agua; pueblecitos de aspecto viejísimo; tipos finos y morenos...” (p. 29).

<sup>16</sup> “Alzaron el templo de Himera para conmemorar una paz entre los griegos sicilianos y los cartagineses. Mandaron estos a sus soldados ibéricos a destruir el templo. Fué siempre el púnico mal guardador de pactos, y en esta ocasión su infidelidad fué barbarie. El templo debió de ser grandioso, a juzgar por lo que de él queda – escasamente algunas metopas –, y no supieron los cartagineses ni guardar el pacto ni conservar lo que debía ser conservado” (p. 154).

<sup>17</sup> *Esperando a los Bárbaros*, Madrid, Espasa-Calpe, Colección Austral, 1972.

<sup>18</sup> Un par de referencias como botón de muestra: “No tiene el turco arte propio, pues el que tenía – si es que lo tuvo en sus estepas de Asia – lo perdió al contacto con lo árabe y lo bizantino. Trata desde entonces de imitar al uno y al otro, y apenas ha logrado producir obras estimables” (p. 102), “...la simpatía de esas estampas, de esas armas, de todo lo que nos muestra como Grecia supo hacerse digna de su pasado al librarse del dominio estéril, bárbaro y destructor de Turquía” (p. 131).

Con su despierta sensibilidad, se da cuenta de la pervivencia del sustrato humano y cultural que, desde la actualidad, parece remontarse hasta los tiempos antiguos, y haciendo gala de ese buen enfoque antropológico ya citado, resuelve que en la época contemporánea coexisten varios Egiptos: el actual (islámico, turco y occidentalizado), el copto (íntimo y discreto, pero de recia persistencia), el árabe (clásico y cairota) y finalmente “el eterno y cargado de gloria de los faraones: tipos finos y morenos, cultivado y culto de la Tierra Negra, amor al río” (pp. 29-30). Su primer baño del Egipto milenario lo va a recibir en Menfis, Sakkarah y Guizah, que le dejan honda impresión:

“... (las pirámides) tienen una belleza fuerte y gris, noble y silenciosa, que nos recuerda mucho nuestro Escorial. Desde luego con mucha más serenidad, sin el febril barroquismo interno y doloroso, sin el ascetismo, sin la aspereza de nuestro monasterio máximo...” (p. 31).

En Menfis y Sakkarah declara ya que sus ideas comienzan a cambiar, llegando sin ningún reparo a plantear favorables parangones con lo griego:

“...La estatua de Ramsés III empieza a mostrarnos que el arte egipcio es muy diferente de lo que nos figurábamos... En una hondonada, entre palmeras, una esfinge de alabastro de la época de la decimoctava dinastía – una de las de más esplendor del arte egipcio – sonrío... Es la primera vez que tengo ante mí una auténtica esfinge oriental – ¡pobres esfinges de nuestros parques! y encuentro muy justificado todo lo que se ha dicho de ellas. Nada voy a decir sobre su aspecto interrogante. Sólo creo que es necesario afirmar que su belleza, elegante y algo artificiosa, es, en su género, tan perfecta como la de la mejor estatua del clasicismo griego” (p. 32).

“El templo de Zoser – de la tercera dinastía – tiene sobre todo el interés de inventar – cuando en Grecia comenzaba el primer período heládico – estilos que creíamos griegos” (p. 34).

“Nuestro primer contacto con las manifestaciones monumentales del Egipto antiguo ha derrumbado muchas de las ideas que todavía se albergaban en su interior. El concepto de arte egipcio – tomado de los manuales de Historia del Arte – se nos va de las manos” (p. 37).

Pero donde sin duda va a experimentar una convulsión interior (en el mejor sentido de la palabra), que le llena de entusiasmo, le abre los ojos definitivamente y hace de él, empleando sus propias palabras, un converso, es en el Museo Egipcio. Merece la pena rescatar sus propias palabras para expresar este momento:

“¡Que falso es todo lo que nos han dicho del arte del Egipto viejo! Esta mañana ha tenido lugar en mí y en otros muchos lo que podría llamarse conversión al arte egipcio. Veníamos con la idea de un arte de receta, de una cosa sin vida y sin gracia, hecha sólo de técnica. Falso, todo falso. Ha sido en el tesoro de Tutankamón, y en los objetos hallados en tumbas particulares, y en las joyas, y en las estatuas, y en todo. Apenas si resiste el concepto de fórmula y de frialdad el arte monumental de colosos y esfinges; pero en modo alguno lo demás. Hay realismo, hay vida, hay esa modernidad sin límites de las obras maestras. Preciosismo técnico y riqueza material podrían muy bien matar al espíritu. No lo matan, sino que él los da vida y los hace hablar y moverse. Y este mismo

espíritu anida en el arte modesto y un poco tosco de las tumbas particulares como en la esplendidez de los tesoros regios” (p. 41).

Las maquetas y modelos de vida cotidiana procedentes de las tumbas del Reino Antiguo y del Reino Medio excitan su ya incipiente sensibilidad sociológica, transportándolo a la forma de vivir, a la cotidianidad de esos remotos tiempos ya idos que sin embargo parecen resurgir ante sus ojos:

“De las tumbas hemos extraído la vida del viejo Egipto, y hoy la conocemos como la de cualquier ciudad contemporánea... Querriamos estar largo rato hablando con esta gente, tratar con ellos de sus asuntos y preguntarles por sus familias; pero no es posible...Adiós, amigo molinero, amigo labrador, amigo carpintero, amigo soldado; si algún día paso por la Tierra Negra no dejaré de haceros una larga visita, buena gente...” (p. 42).

A la salida del Museo, realiza una auténtica declaración de principios que muestra bien a las claras cómo ha transformado sus ideas la visita a Egipto y la actitud que preside su andar en el viaje:

“...mi visita al museo me ha servido para convertirme al arte egipcio, para adquirir una nueva y rica provincia de arte en mis dominios. Ha lamentado siempre no poder admirar y sentir todos los artes. Constante es mi esfuerzo por ampliar mi capacidad de comprensión estética. Considero enriquecimiento valioso cada estilo que logro asimilar. Era para mí algo frío y extraño el arte egipcio. Hoy he logrado entenderlo. Su grandeza y su preciosismo, su esplendor y su buen gusto, su sentido de continuidad, su realismo y su belleza. Más que toda la erudición me importa el poder sentir un arte que hasta ahora no había sido mío” (p. 46).

“...Egipto ha sabido hacer buen gusto del alabastro y del oro, sin que la materia matase al espíritu ni el espíritu hiciese olvidar la materia” (p. 119).

Alonso del Real se convierte claramente, de los tres, en la persona que logra recibir y transmitir una más profunda y, a nuestro modo de ver, adecuada percepción de lo que, a través de su arte, supone la aportación universal y digna de admiración del Egipto de los faraones. Saludémosle por ello.

Hasta aquí las palabras, y las opiniones, que resultan de este particular viaje. Podemos estar de acuerdo o no con ellas, pero para nosotros lo principal es que reflejan una cierta imagen de Egipto y de la cultura faraónica en la que sin duda estamos todavía en buena medida anclados. Porque no se trata de personas sin importancia, sino de representantes de la élite universitaria e intelectual española que forma la “generación de nuestros padres”. De ellos y de otros muchos como ellos provenimos buena parte de quienes ocupamos puestos docentes e investigadores en las instituciones académicas y científicas de nuestro país. Y, como en ellos, como en Granell y en Marías, o en menor medida, en Alonso del Real, el escaso conocimiento, la valoración simple y llena de apriorismos, o incluso el menosprecio, es lo que encontramos en buena parte del *staff* académico contemporáneo. Quienes estamos dedicados a dignificar la situación de la Egiptología y de los estudios del Próximo Oriente antiguo en general en la universidad española de fines del siglo XX estamos hastiados de escuchar en boca de colegas opiniones vulgares, de recibir sonrisas condescendientes cuando se promueve una actividad, unas jornadas o unas asignaturas de este tenor, de percibir la inconfesada

convicción de la superioridad de lo grecorromano sobre “lo oriental”, de muchas cosas que basta enumerar para que se descalifiquen (tan pobres son ideológica e intelectualmente...). En el campo de los estudios históricos, nos falta aún mucha madurez a los universitarios españoles, nos hace falta profesionalidad, nos hace falta respeto y aceptación (¡de nuevo!) del otro. Al mismo tiempo que se abre el abanico de las llamadas ciencias exactas o experimentales, debemos enriquecer el panorama de los estudios de humanidades, de los estudios históricos. Del Orientalismo y la Egiptología, junto a los estudios clásicos. Si no, seguiremos en el año 33, y no habremos aprendido nada del periplo del “Ciudad de Cádiz”.